

## Prefacio

En su estudio pionero sobre las repercusiones económicas del cambio climático, Nicholas Stern, exdirector del departamento de economía del Banco Mundial, describe los cambios actuales de la atmósfera terrestre como «el fracaso más grande y de mayor alcance del mercado jamás conocido». Se trata de un fracaso económico que la economía mundial no está preparada para afrontar y que la mayoría de los análisis económicos actuales son incapaces de comprender.

Es una ironía que el triunfo de la economía de mercado sea, precisamente, lo que está poniendo en entredicho actualmente los principios básicos que han contribuido a su gran éxito. Más que en la planificación, la economía convencional se basa en los mercados —grandes cantidades de compradores y de vendedores— para asignar los recursos de manera eficiente. El sistema de precios y los incentivos del lucro han propiciado grandes éxitos en términos de estimular el cambio tecnológico y satisfacer las necesidades humanas, proporcionando una alimentación adecuada, agua limpia, vivienda, transporte e infinidad de otros bienes y servicios a miles de millones de personas. En palabras de Daniel Yergan, el capitalismo de mercado ha alcanzado «las cotas más altas» del mundo moderno, arrinconando al comunismo y a otras teorías competidoras en el montón de cenizas de la historia.

Los primeros teóricos de la economía como Thomas Malthus, eran conscientes de los condicionantes biofísicos que limitaban en su época el funcionamiento de la economía. Pero la Revolución Industrial de finales del siglo XVIII permitió superar muchas de estas limitaciones, sustituyendo las materias primas escasas por nuevos materiales y consiguiendo mediante nuevas tecnologías unos logros insospechados en todos los campos, desde la producción agrícola hasta la utilización de la energía. Simultáneamente, la expansión colonial y la emigración permitieron acceder a recursos apenas explotados en el continente americano y en otras regiones del mundo. En el siglo XX, el crecimiento económico se había convertido en el objetivo prioritario de la mayoría de los gobiernos y de sus asesores económicos: el aumento de ingresos ayudó a sacar a mucha gente de la miseria, ofreciendo nuevas posibilidades a todos los sectores económicos.

Este modelo económico ha durado mucho tiempo, pero no sobrevivirá al siglo XXI. En un mundo limitado físicamente, el crecimiento material no puede continuar indefinidamente. Y cuando el crecimiento es exponencial e implica a megapaíses como China y la India, el límite se alcanza de forma tan abrupta y catastrófica que supera incluso las predicciones de los mejores científicos. Los sistemas ecológicos en los que se basa la economía global están sometidos a una presión extraordinaria, evidenciada en la degradación de los acuíferos, la subida vertiginosa de los precios de petróleo y el colapso de las pesquerías. Los economistas que creían poder estudiar el mundo económico como si estuviera separado del mundo físico, tendrán dificultades probablemente para encontrar trabajo durante los próximos años.

El progreso humano indefinido —tanto en su aspecto material como espiritual— depende actualmente de una transformación económica más profunda que cualquiera de las conocidas durante el siglo pasado. Los límites del mundo exigirán reorientar la economía convencional sin restricciones que ha prevalecido hasta ahora, hacia una nueva ciencia económica sostenible, que hace suyos muchos de los principios de la economía de mercado —incluyendo su capacidad para asignar recursos escasos—, reconociendo explícitamente al mismo tiempo que la economía humana es sólo una parte del ecosistema global más amplio donde se desarrolla. Esta nueva ciencia económica sostenible investiga los límites económicos impuestos por el mundo físico, proponiendo todo un abanico de ideas innovadoras para lograr un equilibrio entre la economía y el ecosistema global.

*La Situación del Mundo 2008* se centra en las innovaciones necesarias para hacer posible esta economía sostenible. Hemos contado para ello con un grupo excepcionalmente reflexivo de autores expertos, que han desarrollado temas que van desde los nuevos sistemas de producción industrial a los indicadores más recientes de progreso económico, la microfinanciación y el desarrollo del mercado de emisiones de carbono y para la protección de la biodiversidad. Se describen en el libro numerosos ejemplos fascinantes de empresas pioneras en sectores como la energía solar, de inversores de capital riesgo que están financiando la creación de empresas ambientales y de comunidades que están movilizándose para promover una innovación sostenible a nivel local. Estas iniciativas tan diversas generan nuevos modelos económicos y nuevas prácticas empresariales, fomentando economías que satisfacen las necesidades de las personas y al mismo tiempo protegen el planeta.

Concluimos este proyecto con la firme convicción de que algo grande, puede que incluso revolucionario, está pugnando por nacer

a medida que los dirigentes empresariales, los inversores, los políticos y el gran público contribuyen a crear la estructura de una economía sostenible. Es impresionante constatar efectivamente el volumen de innovación provocado por la ola de preocupación que se ha propagado por el mundo el año pasado debido al cambio climático, culminando con la concesión del Premio Nobel de la Paz a los principales científicos mundiales expertos en clima y a su más eficaz divulgador, Al Gore.

Precisamente cuando esta edición de *La Situación del Mundo* entraba en imprenta se anunció una iniciativa emblemática, de las muchas propuestas innovadoras que surgen casi diariamente: Virginia Tech se ha asociado con un inversor privado, Hannon Armstrong, para destinar 100 millones de dólares anuales a mejorar la eficiencia energética de los edificios del área de Washington. Como cientos de noticias similares, esta iniciativa implica una combinación creativa de capital privado, de experiencia en actividades sin ánimo de lucro y de políticas gubernamentales de apoyo.

La combinación de las ideas innovadoras con los grandes capitales es muy potente, y las cifras que actualmente se están moviendo hacia el sector ecológico son espectaculares. En mayo 2007, Citigroup anunció su intención de invertir 50.000 millones de dólares para mitigar el cambio climático en la próxima década. Y Goldman Sachs invirtió 1.500 millones de dólares en 2006 en energías renovables, superando en un 50% su compromiso inicial. Se calcula que en 2006 las inversiones globales en nuevas tecnologías energéticas ascendieron a 71.000 millones de dólares, un 43% más que el año anterior. El sector de las «tecnologías limpias» ocupa actualmente el tercer puesto en inversiones de capital riesgo, tanto en China como en los Estados Unidos. De mayor trascendencia si cabe, son innovaciones como la nueva Ley de Energías Renovables de China y el sistema de comercio de emisiones de carbono de la Unión Europea, que aseguran que el flujo de este tipo de inversiones se mantendrá durante muchos años.

Reorientar el paradigma económico convencional hacia otro basado en la economía ecológica o sostenible requerirá años de cambios a muchos niveles, desde la teoría en las escuelas a la práctica empresarial y a las políticas de los gobiernos. Conseguir que los precios de bienes y servicios reflejen los costes y los beneficios ambientales es una medida fundamental, en principio fácil de aplicar, pero a menudo difícil de aceptar para la gente y los políticos. Y será preciso encontrar formas imaginativas para dismantelar las barreras que obstaculizan el cambio —cambiar, por ejemplo, la normativa de las empresas eléctricas para que ahorrar energía sea tan rentable al menos como construir nuevas centrales.

Para prevalecer, la economía sostenible tendrá que satisfacer tanto las necesidades humanas como las planetarias. Los defensores de la economía de mercado y de la globalización recuerdan con frecuencia los 300 millones de personas que han salido de la pobreza desde 1990, la mayoría en China y en la India. Esta cifra supone que todavía quedan más de mil millones de personas desesperadamente pobres en el mundo actual, y que los países en desarrollo que no se han beneficiado todavía del inmenso crecimiento de la economía global durante el siglo pasado están determinados a superar esta brecha en las próximas décadas. Es gratificante por tanto ver que el mismo tipo de innovación que está mejorando el medio ambiente —desde ordenadores portátiles de 100 dólares hasta el riego por goteo—, también aporta nuevas soluciones a la agricultura, la sanidad y la educación en las comunidades rurales más pobres.

En nuestro mundo actual, cada vez más pequeño, hay muchas cosas valiosas y dignas de admiración en la economía de mercado. Es tanto lo que hay que hacer y en tan poco tiempo, que hoy día es más importante que nunca asignar eficientemente los recursos y motivar a la gente para que se movilice en este sentido. Pero la economía del siglo XXI ha de basarse en un conocimiento más realista del mundo físico y biológico del que dependemos. Como ya advirtió en su día Albert Einstein: «No podemos resolver los problemas utilizando los mismos razonamientos que empleamos para crearlos». Esta frase debiera presidir las aulas de las escuelas de economía, las salas de los consejos de administración de las empresas y los grandes hemiciclos donde los legisladores del mundo deciden el curso de las políticas públicas.

*Christopher Flavin*

Christopher Flavin  
Presidente, Worldwatch Institute